

Dos Almas por un Par de Zapatos

(Aconteció en una Nochebuena)



“¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo!” gritó un hombre.

Mientras tanto todos los pasajeros que esperaban el tren se pusieron de pie por ver lo que pasaba. Un hombre alto, recostado sobre una banca en la sala de espera, dormía profundamente.

Los niños pegaron gritos de miedo al ver que hombres de todos lados salieron corriendo persiguiendo a uno que huía. Ninguno se dio cuenta de lo que estaba pasando. Afuera, sobre la plataforma de la estación, un policía fuerte cogió por los tirantes de sus pantalones al que huía. Este cayó de rodillas. “Qué pasa?” preguntó el policía al hombre que había dado inicio a la captura.

“¡Mire los zapatos! Acaba de robárselos a un pasajero”.

El culpable, ya arrodillado llevaba en su mano una bolsa de papel. Contenía un par de zapatos viejos que cayeron en el piso de la plataforma. El policía levantó al ladrón diciendo, “¡A ver esos zapatos! Eran viejos, empolvados, y tenían hoyos en las suelas.

“Muy grandes y muy viejos!, dijo el policía.

El acusador dijo, "Pero son los únicos. Yo vi al ladrón tomarlos. Es el más ingrato de todo el pueblo. No cuesta darse cuenta que son viejos, pero mire usted, esta noche tan helada y esa nevada que está cayendo, y ¿quedarse uno sin zapatos! ¡Qué ingratitud!"

Otro que se había metido en la persecución de acuerdo dijo: "A mí no me caería bien tener que salir en esta nevada descalzo. A este tipo se le debe de dar una buena azotada".

En eso, una ráfaga de viento helado hizo que el policía condujera al ladrón nuevamente en la sala de espera.

La voz de una mujer gritaba, "¿Qué pasa?"

El acusador del ladrón señaló al hombre alto recostado, bien dormido sobre la banca. Más o menos a las once, mientras que los pasajeros cabeceaban en la estación, él había entrado, se había quitado sus zapatos, los metió debajo de la banca, sacó una Biblia, leía un rato, y por fin, con ella por almohada, se recostó y se durmió. El policía, casi arrastrando al ladrón lo llevó delante del hombre dormido. Un buen grupo de curiosos le seguía. En eso, la puerta de la estación se abrió y un hombre bien vestido, con paso rápido se le acercó al policía.

"Señor Agente, ¿dónde están los cargadores? Quiero que me bajen mis valijas. Pesan mucho".

"Los únicos dos salieron como a las once. Es Noche Buena y ambos fueron a casa para pasarla con sus hijitos".

Enojado, entre dientes el bien vestido exclamó, "¡Qué tontería!"

Al ver al ladrón, los viejos zapatos, y al desconocido dormido con la Biblia por almohada, su enojo se suavizó. "¿Qué pasa, Señor Agente?" Su voz fuerte sonaba como campana. En eso el desconocido se despertó. Al ver al policía y al ladrón se puso de pie.

"¿Qué pasa?" él preguntó. Su voz era suave y calmada.

"Ese hombre le robó sus zapatos".

"Suéltelo. Ni valen 25 centavos" pidió el desconocido.

"Pero son sus únicos", dijo el acusador del ladrón.

"Es cierto. Otros, no los tengo, pero a mí, poco me importa. Los zapatos son muy gastados. Suéltelo".

El policía volteándose al ladrón le dijo: "Quítate tu sombrero, Tú. Saluda a un buen hombre".

Lentamente el ladrón se quitó su sombrero, mostrando más confusión que miedo. El policía sacó un par de esposas. Los espectadores se hicieron atrás asombrados,

El desconocido tomó al policía por el brazo. "No haga eso", él dijo. "No lo castigue. Le perdono. Yo le amo. Suéltelo".

"¿No cree usted que es un crimen que un tipo le robe a uno sus zapatos en una noche helada y nevada?" preguntó el acusador.

"Bien, pudiera ser. Pero yo le perdono".

"Pero él merece su castigo", protestó el policía.

"Yo le castigaré", dijo el desconocido.

"Está bien. Yo se lo entrego a usted. ¿Pero que va a hacer con él?"

El grupo de espectadores pasajeros de nuevo se acercaron para ver el resultado.

“Yo quiero que él se arrodille en esta banca y suplique a Dios que le perdone. Él no sabía que yo no tengo otros zapatos”.

El ladrón obedientemente y humildemente se arrodilló mientras tanto todos guardaron silencio profundo. También el desconocido se arrodilló a su lado y le abrazó y elevando su voz en oración se dirigió al “Dios de las misericordias, consuelo y gozo”, al “Dios amoroso de perdón amplio”, al “Dios que emblanquece los pecados dejándolos más blancos que la nieve”, al “Dios de amor fraterno y paz”.

Todos los hombres se quitaron reverentemente sus sombreros. Varias mujeres también se habían arrodillado juntamente con sus niños. El ladrón comenzó con voz quieta a repetir la oración, pero su voz aumentó en fuerza hasta oírse claramente cada palabra. Sus palabras se cambiaron en un clamor sincero, un grito fuerte, sin vergüenza alguna, dirigido al Padre perdonador.

Cuando los dos hombres se levantaron, sus ojos eran llenos de lágrimas, pero sus rostros envueltos con sonrisas.

“¡Qué milagro!” gritó el desconocido. “Ahora sé por qué Dios me trajo a este pueblo y por qué no me dio dinero para pagar hospedaje y me hizo dormir sobre esta banca. Hoy es Noche Buena y ya tengo algo que poner delante del Niño Jesús – un tesoro para mi Rey, un alma perdonada”.

“Pero no sólo un alma, sino dos”, resonó la voz del hombre bien vestido al ponerse en medio del grupo.

“Mientras que usted oraba, yo vi por primera vez en mi vida, lo que es de veras perdón, cariño y fe sincera. También yo pedí perdón y mi ateísmo e incredulidad se me fueron huyendo como perros apedreados en patio ajeno”.

Hombres y mujeres se adelantaron a saludar y a darle la mano al desconocido,

“Me siento muy feliz”, él repitió vez tras vez. “¡Dos almas por un par de zapatos viejos!”

“¿Cómo se llama, Señor?”, le preguntó el negociante bien vestido, “Quiero que me visite en mi casa”.

“Josué Benjamín”.

“Él va a casa conmigo. Va a pasar la Noche buena conmigo” anunció el comerciante, “Allá nos espera mi buena esposa que ha estado orando por mí”.

El policía, sonriéndose con alegría, dijo al negociante, “Vamos, Amigo, ¿Dónde están sus valijas? Yo le ayudo con ellas”.

“¡Feliz Navidad, Todos!”, gritó el hombre que había descubierto el robo.

- Sunday School Times
- Contribuido por Beverly Hunt